

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio a la ofensiva militar de la Federación Rusa sobre la ciudad ucraniana de Pokrovsk, en la región de Donetsk, que ha provocado un nuevo ciclo de destrucción y desplazamiento civil, profundizando el sufrimiento del pueblo ucraniano en el marco de una guerra injustificada y contraria al derecho internacional.

Asimismo, expresa su solidaridad con el pueblo y el gobierno de Ucrania, víctimas de una agresión armada que viola los principios de soberanía, integridad territorial e independencia política consagrados en la Carta de las Naciones Unidas.

La Cámara reafirma el compromiso de la República Argentina con la paz, la resolución pacífica de los conflictos, la protección de la población civil y el respeto irrestricto de los derechos humanos, instando a la comunidad internacional a redoblar sus esfuerzos diplomáticos y humanitarios para poner fin a las hostilidades y garantizar la asistencia a las víctimas del conflicto.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

I. Introducción: La guerra como espejo del siglo XXI

Señor Presidente:

El presente proyecto de declaración tiene por objeto expresar el enérgico repudio de esta Honorable Cámara a la nueva ofensiva militar de la Federación Rusa sobre la ciudad ucraniana de Pokrovsk, en la región de Donetsk, y reafirmar el compromiso de la República Argentina con la libertad, la soberanía de los pueblos y la defensa de los principios del derecho internacional.

Sin embargo, más allá de la condena puntual a un episodio militar, esta declaración encierra algo más profundo: la reafirmación de una visión del mundo. Porque la guerra de Ucrania —y cada una de sus expresiones, como la que hoy nos convoca— no es solo un conflicto territorial: es el teatro de una batalla civilizatoria entre dos ideas del orden político y moral.

De un lado, la concepción liberal de la libertad como derecho individual, del Estado como garante y no propietario de la voluntad humana, y de la política como espacio de responsabilidad moral.

Del otro, el paradigma autoritario, colectivista y expansionista que ve en el individuo un medio y en el Estado un fin absoluto.

Pokrovsk, una ciudad devastada, convertida en símbolo de la resistencia, se ha transformado en un nuevo escenario donde se mide —como en un laboratorio trágico— la vigencia de los valores de la libertad frente a la pulsión de dominio.

No estamos ante un episodio más del caos internacional: estamos ante la prueba histórica de si las democracias tienen aún el coraje de defender sus principios.

II. La niebla de la guerra y la claridad de la moral

La prensa internacional relató que Rusia utilizó la niebla para avanzar sobre Pokrovsk, desplegando motocicletas y vehículos ligeros en una escena que, según los observadores, evocaba a Mad Max, aquel filme distópico que retrataba una humanidad devorada por su propio salvajismo. La metáfora es dolorosamente exacta: la guerra en Ucrania es la confirmación de que la barbarie no muere nunca del todo, sino que se reconfigura bajo nuevas banderas.

Las imágenes de Pokrovsk envuelta en humo y polvo, con los soldados rusos avanzando entre ruinas, son la expresión visual de una idea que Carl von Clausewitz ya advertía en De la guerra: "En la niebla de la guerra, la verdad es la primera víctima".

Pero lo que hoy se oculta no es solo la verdad de los hechos, sino la verdad moral.

Rusia no libra una guerra de defensa: libra una guerra de conquista.

Su objetivo no es proteger fronteras, sino someter voluntades.

Y su método —como en toda lógica imperial— es el miedo.

Frente a ello, Ucrania encarna la paradoja contemporánea de la libertad: un país joven, imperfecto, con todos los problemas de una democracia en construcción, pero que ha decidido resistir, no solo por territorio, sino por dignidad.

El filósofo Isaiah Berlin, en su célebre ensayo Dos conceptos de libertad, distinguía entre la "libertad negativa" —la ausencia de coerción— y la "libertad positiva", que implica la capacidad de decidir por uno mismo. Ucrania está hoy en el punto exacto donde ambas se cruzan: lucha contra la coerción extranjera para mantener su posibilidad de decidir su propio destino.

La libertad, entonces, no es un concepto abstracto. Es una práctica, una elección moral cotidiana. Y en Pokrovsk, esa elección se libra bajo fuego.

III. Rusia y la pulsión imperial: el retorno del viejo mundo

Cuando se analiza la ofensiva sobre Pokrovsk, conviene escapar de la miopía periodística del día a día. Lo que allí ocurre responde a una lógica histórica que no comienza en 2022 ni termina en Donetsk.

El imperialismo ruso, en su versión zarista, soviética o putinista, siempre se concibió como una civilización aparte, con vocación de expansión.

Putin, en su discurso de febrero de 2022, definió la independencia ucraniana como una "anomalía geopolítica". Esa frase encierra toda la matriz autoritaria del pensamiento ruso contemporáneo: la negación del otro como sujeto político.

El historiador Timothy Snyder, en *El camino hacia la no libertad*, explica que el Kremlin ha reemplazado la idea de futuro por la de destino: ya no promete progreso, promete eternidad. No ofrece prosperidad, ofrece pertenencia. En esa sustitución se consuma el giro totalitario.

La guerra de Pokrovsk es, en ese sentido, una operación simbólica tanto como militar. Rusia intenta demostrar que el tiempo no existe, que las fronteras son ilusorias y que la voluntad de poder puede sustituir al derecho.

Este pensamiento —heredero del euroasianismo y del misticismo imperial— se opone frontalmente al orden liberal nacido de la Ilustración. Mientras el liberalismo parte del individuo como fin último, el totalitarismo lo concibe como un instrumento de un propósito superior: la Nación, el Estado, la Historia o el Líder.

Putin no invade Ucrania solo por territorio, sino para reafirmar un relato: el del "mundo ruso". En ese relato no hay libertad individual, sino obediencia. No hay pluralismo, sino unanimidad. No hay verdad, sino propaganda.

La invasión de Pokrovsk, con su estética de guerra tribal, no es más que la representación visual de esa filosofía política: la exaltación del caos bajo control, la mezcla de barbarie y tecnología, la reivindicación del miedo como orden.

IV. El ocaso del orden liberal y el desafío de las democracias

La ofensiva rusa sobre Pokrovsk también desnuda la fragilidad del orden internacional liberal. Desde 1945, el mundo se sostuvo sobre la premisa de que la guerra de conquista era inadmisibles. Esa premisa se resquebraja.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha quedado paralizado por el veto ruso; los organismos multilaterales muestran su impotencia, y las democracias, atrapadas en su propio escepticismo, oscilan entre la condena retórica y la inacción estratégica.

El politólogo Francis Fukuyama, en su libro *Identidad*, advertía que las democracias liberales enfrentan una crisis de confianza en sí mismas. Ya no creen del todo en la fuerza moral de sus valores. Y cuando una civilización deja de creer en su legitimidad, abre la puerta a los regímenes que sí creen en su derecho a dominar.

Pokrovsk es, en este sentido, un espejo incómodo: refleja tanto la brutalidad de la agresión como la indecisión moral de Occidente.

Las democracias modernas, más preocupadas por la corrección política que por la defensa de los principios, han caído en lo que Alexis de Tocqueville llamaba "el despotismo blando": una complacencia que prefiere el confort a la libertad, el silencio a la responsabilidad.

La libertad no se pierde de un golpe; se erosiona con cada renuncia, con cada neutralidad mal entendida.

Por eso esta Cámara, aunque distante geográficamente del conflicto, no puede ser neutral. Porque la neutralidad frente al atropello no es prudencia: es complicidad.

V. La moral de la libertad: entre la fuerza y el derecho

Toda guerra, decía Raymond Aron, revela la tensión eterna entre el poder y la legitimidad. El poder puede imponerse, pero solo el derecho puede perdurar.

Rusia puede ocupar ciudades, destruir infraestructura y manipular el miedo, pero no puede conquistar legitimidad. Porque la legitimidad nace del consentimiento, y nadie consiente su propia servidumbre.

La libertad, entendida en su sentido liberal clásico, no es el caos ni la ausencia de reglas: es el reconocimiento del límite. La guerra de Putin, en cambio, busca abolir el límite: el límite de la soberanía ajena, del derecho internacional, de la verdad misma.

El bombardeo a Pokrovsk, los ataques con drones a Odesa, la destrucción de refinerías y terminales portuarias, la manipulación del suministro energético como herramienta de coerción, todo responde a la lógica del poder absoluto.

Esa lógica es incompatible con cualquier noción moderna de justicia.

John Locke, en su Segundo tratado sobre el gobierno civil, afirmaba que "donde termina la ley, comienza la tiranía".

Rusia ha decidido gobernarse —y gobernar su entorno— bajo la premisa de que el derecho es un instrumento y no un límite. Ucrania, en cambio,

defiende la idea de que el derecho es el único escudo que tiene el débil frente al fuerte.

Por eso, apoyar a Ucrania no es un gesto geopolítico: es un deber moral.

VI. La dimensión latinoamericana: por qué nos concierne

Algunos podrían preguntarse qué sentido tiene que la Argentina, a miles de kilómetros de Pokrovsk, se pronuncie sobre un conflicto tan lejano. La respuesta es simple: porque la libertad no tiene fronteras.

Latinoamérica conoce bien las consecuencias de los proyectos autoritarios que se escudan en la soberanía para justificar la opresión.

La historia del siglo XX en nuestro continente está plagada de ejemplos en los que la fuerza se impuso sobre el derecho, el nacionalismo sobre la libertad y la ideología sobre la verdad.

Callar ante el expansionismo ruso sería negar nuestra propia memoria.

Y además, sería ceder terreno a la peligrosa narrativa de que el mundo puede dividirse entre "esferas de influencia", como si los pueblos fueran piezas en un tablero.

Esa lógica, que Rusia intenta reinstalar, es la negación misma del principio republicano.

La República Argentina se fundó sobre la idea de que la soberanía pertenece al pueblo, no al Estado.

Por eso nuestra política exterior debe ser coherente con nuestra filosofía política interna: defender la libertad afuera como la defendemos adentro.

Apoyar al pueblo ucraniano es, por tanto, una afirmación de nuestra propia identidad liberal y democrática.

VII. Tecnología, propaganda y posverdad: la guerra del siglo digital

La ofensiva de Pokrovsk también expone una nueva dimensión del conflicto contemporáneo: la de la guerra informacional.

Rusia no solo combate con tanques, sino con narrativas.

El Kremlin ha convertido la mentira en arma estratégica.

La filósofa Hannah Arendt, en *Verdad y política*, advertía que el poder totalitario no solo persigue destruir a sus enemigos, sino también destruir la distinción entre verdad y mentira, entre realidad y ficción.

Hoy, las redes sociales reproducen esa estrategia con una eficacia sin precedentes. Los "blogueros de guerra" rusos, que difundieron las imágenes de Pokrovsk "al estilo Mad Max", no son meros aficionados: son engranajes de una maquinaria estatal de manipulación.

El objetivo es estético tanto como político: banalizar la violencia, convertir la devastación en espectáculo, y hacer que la atrocidad parezca inevitable.

En este sentido, el conflicto ucraniano marca un punto de inflexión en la historia de la guerra: la batalla por la percepción se ha vuelto tan importante como la batalla por el territorio.

Por eso, defender la libertad implica también defender la verdad.

La mentira organizada es la antesala de la esclavitud voluntaria.

VIII. La geopolítica de la energía y el precio de la dependencia

El asalto a Pokrovsk y los ataques a infraestructuras energéticas en Odesa y Zaporíyia tienen un propósito estratégico: controlar el flujo de energía.

La dependencia energética de Europa respecto de Rusia ha sido durante años el arma invisible del Kremlin.

Como señala Daniel Yergin en *The Prize*, "la energía es el nervio de la civilización moderna". Quien la controla, controla el destino de las naciones.

La guerra de Ucrania demuestra que la libertad política requiere independencia energética.

Cada litro de combustible que depende de un régimen autoritario es un gramo de soberanía que se pierde.

Por eso, este conflicto debe servir también para que el mundo libre repense su relación con los recursos estratégicos y su vulnerabilidad ante las dictaduras energéticas.

La defensa de la libertad no se libra solo con valores: también con decisiones económicas coherentes.

IX. El horizonte moral de Occidente

Pokrovsk no es solo una tragedia: es una advertencia.

El siglo XXI será el siglo de la confrontación entre la libertad y el control.

El avance del autoritarismo —ya sea en su forma militar, digital o burocrática— pone a prueba la consistencia moral de las democracias.

Si Occidente se acostumbra a convivir con la tiranía en nombre del pragmatismo, perderá no solo su poder, sino su alma.

Václav Havel, el disidente checo que desafió al comunismo, escribió: "La esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte".

Ucrania resiste porque cree en ese sentido: el de una vida digna sin amo.

Esa esperanza —que atraviesa las ruinas de Pokrovsk— es también la nuestra.

Porque toda sociedad que ame la libertad está llamada a defenderla, aunque sea con la palabra.

X. La voz de la libertad

Señor Presidente:

Este proyecto no pretende intervenir en la política internacional, sino reafirmar un principio ético que es universal: ninguna causa puede justificar la opresión, ningún Estado tiene derecho a destruir otro pueblo, y ninguna guerra de conquista puede legitimarse como defensa preventiva.

Pokrovsk es hoy el nombre de una tragedia, pero también de una advertencia.

Si el mundo libre calla, la niebla no solo cubrirá Ucrania: cubrirá también nuestra conciencia.

Defender a Ucrania es defender el derecho de cada nación a existir, de cada ciudadano a pensar libremente, y de cada democracia a no ser intimidada por la fuerza.

Como escribió Albert Camus en *El hombre rebelde*, "el único medio de luchar contra la peste es la honestidad".

Y la honestidad, en política, consiste en llamar a las cosas por su nombre.

Por eso, llamamos agresión a la agresión, tiranía a la tiranía, y libertad a la libertad.

Y desde esta Cámara, reafirmamos —con humildad, pero con firmeza— que la libertad no es un lujo europeo ni una retórica diplomática: es el fundamento mismo de la dignidad humana.

Pokrovsk arde, pero su llama ilumina el deber moral de todo el mundo libre.

Y esa llama, que hoy parece débil, es la misma que un día encendió la historia de la humanidad cuando decidió que ningún poder es más grande que la conciencia de un hombre libre.

Firmante: Gerardo Milman.